

OTRAS LETRAS

## Púlpitos

**C**asi a la vez que la Audiencia Nacional condenaba a los raperos vigueses de La Insurgencia por el «riesgo abstracto» para la convivencia pacífica de la sociedad que suponían sus letras —«expandir la cultura revolucionaria y elevar el nivel de conciencia de las masas trabajadoras»— el cardenal Cañizares escribió una de sus cartas. La percha se la dio la fiesta de la Constitución, excusa que el prelado aprovechó para remover sus clásicos: aborto, eutanasia, fecundación in vitro y homosexualidad. Un cóctel al que, por coyuntura pura y dura, ha sumado el pecado del independentismo, con la de católicos que andan acunando el proceés, incluido Junqueras y sus confesadas y balsámicas oraciones en prisión. Los raperos de Vigo han sido condenados a dos años de cárcel y no podrán ser funcionarios. Leo que a uno lo han echado de su trabajo en Renfe tras la condena. El riesgo abstracto para la sociedad se ha convertido en una zambomba para sus trayectorias vitales. El delito de terrorismo estaba en sus versos pero la pena no ha tenido nada de lírica. Cañizares apelará a su libertad de púlpito. Y algunos católicos a la doctrina de la Iglesia y su sentido de la vida. Pero este cardenal fue el mismo que en el año 2016 alertó contra una «escalada contra la familia» impulsada por «el imperio gay y ciertas ideologías feministas», lo que indica una reiterada obsesión por señalar a dos colectivos concretos. Si se analiza la trayectoria del arzobispo y cardenal, se puede deducir que algunos podemos observar un «riesgo abstracto» para sus feligreses, que quizás acaben desarrollando una ideología hostil contra gays y mujeres que luchan por algo tan revolucionario como la igualdad, en sentido abstracto. Algunos están muy atentos a los nuevos púlpitos. Va siendo hora que alguien le eche un ojo a los de siempre.

## Vuelta de boja

# El diablo en Jerusalén



● Miguel-Anxo Murado  
Escritor e xornalista

Quando vivía en Jerusalén comencé a escribir una novela que nunca terminé. La historia iba de que me encontraba con el diablo en la Puerta de Damasco y forjábamos una buena amistad. El diablo resultaba ser un tipo afable, simpático; cruel, pero socarrón. Me decía lo que iba a ocurrir en el futuro inmediato, dónde estallaría una bomba o dónde iban a lanzar un misil los israelíes. Era una actualización del viejo mito del Doctor Fausto, solo que en este caso el periodista vendía su alma a cambio de un acceso permanente a exclusivas y fuentes reservadas. Lo escribía como ficción, pero no estoy seguro de que no haya ocurrido en algún caso. Por la noche, el diablo y yo dábamos paseos por los barrios de la Ciudad Vieja y me contaba la historia del lugar con todo lujo de detalles. Él se conocía cada rincón, porque llevaba viviendo allí, en Jerusalén, desde los tiempos del Antiguo Testamento. «Aquí me siento como en casa», decía, y me ilustraba con sus opiniones acerca del conflicto. «Se habla mucho de la ciudad de las tres religiones»,

me explicaba, por ejemplo, «pero nunca se dice que el diablo es el mismo para las tres... Esa sí sería una buena base para un acuerdo de paz, ¿no te parece?». A menudo, el diablo resultaba muy convincente, por eso había que tener un cuidado especial con él. Como al final no terminé la novela, el diablo dejó de visitarme en mi fantasía. Me imaginé que me devolvía mi alma («no tengo espíritu coleccionista» me decía, «y, por otra parte, en el infierno no cabe un periodista más»). No volví a saber más de él. Al fin y al cabo, era un personaje de ficción.

El miércoles estaba pendien-

te del anuncio en televisión del presidente de Estados Unidos, en el que reconocía Jerusalén como la capital de Israel, en contra de las resoluciones de las Naciones Unidas. Me tocaba escribir sobre eso. Me llamó la atención cómo de repente parecía arrastrar las /t/ y las /sh/. Hice mi trabajo y luego me fui a dormir. Pero luego, en la cama, cerré los ojos y volví a pasear con la imaginación por las calles de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Entraba por la Puerta de Damasco, como tantas veces hice durante años. Todavía olía allí a las especias que se venden durante el día en grandes expositores de madera, como pantones de colores ocres. Subía por la Via Dolorosa, donde los cristianos palestinos habían ya empeza-

do a colgar adornos de Navidad. Y, cerca de la Puerta Nueva, en la casa de comidas de Abu Shanab El Armenio, me encontraba con mi viejo amigo el diablo, que se estaba comiendo un falafel. «¿Cuánto tiempo!», me dijo, con la boca llena. Nos dimos un rodeo por el Barrio Armenio y bajamos luego por el Barrio Judío al Muro de las Lamentaciones. Al llegar al Barrio Musulmán, el aire estaba cargado del aroma de los gases lacrimógenos. Tras el anuncio de Trump había algunos disturbios en las calles. Dos chavales palestinos pasaron corriendo, perseguidos por unos policías de fronteras. En las proximidades se oían detonaciones. «¿Qué va a pasar con ellos? ¿Harás que pierdan la esperanza?», le pregunté al diablo, refiriéndome a los palestinos. Se tomó un momento para pensar y luego dijo: «Algo peor: haré que nunca les abandone la esperanza, pero que pierdan siempre». «¿Y los israelíes?». «Haré que siempre ganen, pero que nunca estén satisfechos». «¿Y el resto del mundo?». Aquí el diablo esbozó una gran sonrisa: «Seguiré haciendo que piensen que la palabra 'paz' es mágica y que, si la dicen mucho y esperan un poco más, todo se solucionará. Ya sé que no es muy original, pero siempre me ha funcionado». Como decía: hay que tener cuidado con él. El diablo, al fin y al cabo, es el diablo.



ILUSTRACIÓN ED



Real Asociación  
Amigos  
Museo  
Reina Sofia

# GRACIAS

A todos nuestros socios.

Por su generosa colaboración con la que podemos apoyar al Museo a través de donación de obras de arte y otras acciones.

Tú también puedes colaborar y disfrutar de las ventajas de ser socio

www.amigosemuseoreinasofia.org  
c/ Santa Isabel, 52 - 28012 - Tel: 915 304 287  
asociación@amigosemuseoreinasofia.org